

Historias que inspiran

CAP 4 | EDICIÓN 1 | FEB · 2022



LOS ÁNGELES DE TINNA

No olviden este nombre: Tinna, porque Valentina Méndez Bonilla nació para ser recordada. Una voz que le apuesta a lo nuestro, a la tradición colombiana y al arte.

POR JORGE HERNÁNDEZ

“**Y**o aprendí primero a cantar que a caminar; o bueno, eso dicen mis tías”, asegura Valentina Méndez, una bogotana que gracias a su voz se ha abierto camino en el mundo, un sendero que la llevó a la Universidad del Rosario.

Valentina (@tinnamendez en Instagram) recuerda que su familia guarda un video en el que se ve con tres años cantando con un traperero a manera de micrófono. “La verdad, era muy intensa con eso –recuerda–. Tanto que mi familia me escondía los discos”.

Pero ni siquiera así se detuvo y terminó aprendiendo las canciones que escuchaba su bisabuela, a quien no conoció porque murió joven en un parto. Su familia asegura que cuando ven cantar a Valentina recuerdan los boleros y música de Los Panchos que entonaba la bisabuela.

Así como algunas familias se asustan por tener un nuevo artista entre ellos, en el caso de Valentina pasó lo contrario. Verla estu-

diando en la universidad, en el programa de Teatro Musical del Rosario, fue un sueño que tardó muchos años en forjarse. Su familia materna está llena de cantantes, pero todos formados por fuera de la academia.

“Mi bisabuela cantaba música popular colombiana y tocaba tiple, guitarra y bandola. Mi abuela cantó hasta los 35 años, pues debido a un procedimiento médico perdió parte de su voz. Mi madre y mi tía cantaban en un internado de monjas y siempre quisieron ser cantantes, pero no se dio la oportunidad; mi hermana tiene un oído absoluto”, dice Tinna, al recordar que el oído absoluto permite identificar la nota exacta que suena en una melodía. Todas estas mujeres lo hicieron sin formación académica.





→ **Valentina Méndez fue la Mejor Solista Vocal** en el Festival de Música Andina Mono Núñez, celebrado en el 2021.



De tal forma, cuando Valentina ganó una beca para estudiar Teatro Musical fue una fiesta familiar. Bueno, eso fue del lado materno, porque a su padre –aunque siempre la ha apoyado– le asustó un poco la idea de la música y sus sacrificios.

Pero Valentina, la chica que en el colegio se destacaba por su canto “en los eventos, reuniones del colegio, izadas de bandera...”, la misma que cantaba todo el tiempo en su casa, primero intentó ser abogada.

El letrado y las tres entrevistas

Graduada del colegio a los 15 años, se presentó a tres universidades esperando entrar al mundo de la Jurisprudencia, pero su juventud jugó en su contra. “Eres muy joven, ¿qué tal si vuelves el otro año?”, le alcanzaron a decir.

Pero no se desanimó y decidió intentarlo el semestre siguiente. Sin embargo, en la misma cuadra donde quedaba otra universidad a la que se presentó, había una academia musical, la Luis A. Calvo, que para aquel entonces tenía un anuncio que decía: ‘Inscripciones abiertas’.

Ese letrado la inquietó tanto que decidió contar en su casa que podía ser bueno estudiar música en la academia, “para no quedarse ociosa...”, mientras se presentaba a jurisprudencia el siguiente semestre.

Su madre la apoyó al instante; su padre, preocupado por su futuro, alcanzó a decirle: “¿Cantante? ¿Estudiar para cantar en buses?”. A lo que su madre respondió: “Si va a cantar en buses, que lo haga bien”. Y con esa frase quedó resuelta la disputa.

Casi como un homenaje a su familia, se presentó a la prueba de la academia cantando *Sabor a mí*, bolero del compositor y cantante mexicano Álvaro Carrillo. Muchos de los aspirantes que se

presentaron ya tenían formación musical, pero no tenían la voz de Tinna, la cual le abrió las puertas.

El valor del semestre en la academia Luis A. Calvo era de un salario mínimo, una cifra económica comparada con la de muchas instituciones, pero que no dejaba de ser un sacrificio económico para la familia. Tinna se esforzó, aunque también conoció sus limitaciones: su voz era potente, afinada y dulce, pero le faltaba formación, como se hizo evidente cuando un profesor le preguntó: ¿por qué cantas todo en negras?

Entró en crisis, pero Valentina cree tanto en los ángeles que se le presentó uno, su excuñado, quien le dijo: “No desfallezcas tan rápido”. Así, este hombre empezó a ayudarla a comprender los misterios de la gramática musical y otras disciplinas de este arte.

Supo que los resultados de su esfuerzo dieron fruto cuando una de sus profesoras la llamó para decirle que quería que hiciera parte de la presentación semestral de su academia.

A la pregunta de si se arrepiente alguna vez de todas las vueltas que dio y de algunas de sus decisiones, Valentina dice que no. “Si uno se niega la oportunidad de equivocarse, de tomar sus propias decisiones, también se pierde la oportunidad de aprender”.

Cantando a pesar de ella misma

Valentina reconoce que es empática, que tal vez esa es su mayor virtud, la de entregarse a los demás. Admite que quizás por eso mucha gente la ha ayudado, algo por lo que se siente infinitamente agradecida.

Claro, no le faltan los defectos; sabe que es indecisa y por eso, a veces, tomar decisiones la asusta. “Las tomo, pero no siempre es fácil”. Por eso casi no asiste a una audición que cambió su vida, a la cual fue obligada porque un exnovio, sin decirle nada, la inscribió.

SU PADRE, PREOCUPADO POR SU FUTURO, ALCANZÓ A DECIRLE: “¿CANTANTE? ¿ESTUDIAR PARA CANTAR EN BUSES?”. A LO QUE SU MADRE RESPONDIÓ: “SI VA A CANTAR EN BUSES, QUE LO HAGA BIEN”. Y CON ESA FRASE QUEDÓ RESUELTA LA DISPUTA.



En aquellos días, la escuela de Teatro Musical Misi, que posteriormente hizo una alianza con la Universidad del Rosario, hacía audiciones para entregar una beca integral. Aunque la idea de cantar entusiasmaba a Valentina, eso de la danza y el teatro lo veía como algo extraño.

Decidió ignorarlo, a pesar de que otros le dijeron que era una gran oportunidad, hasta que un día, su exnovio la llamó con el formulario de inscripción diligenciado y con la factura del PIN en su mano.

“Él ya había pagado la inscripción y me pasó unos papeles con los temas de las audiciones. Uno era un monólogo de teatro y el otro el tema de la danza, que estaba basada en la película *La La Land*”.

Se preparó durante una semana para la audición, pero no se sentía capaz, fue llevada casi a rastras. Su exnovio la esperó en Transmilenio, fueron hasta la estación de Puente Largo y la acompañó hasta la academia para cerciorarse de que no huyera.

El número de la suerte

“Me tocó el número 17”. Dice que ese número siempre le ha servido. “Por cierto, soy superagüerista”, agrega Valentina para reconocer que es agorera. Fue así, en la sala de espera, donde se preguntó qué estaba haciendo en ese lado mientras miraba la larga fila de aspirantes.

Cantó *I dreamed a dream*, una canción que hace parte del musical *Los Miserables*. Hizo lo mejor que pudo y cuando terminó todo quedó en silencio. Se asustó sin saber qué había pasado o qué opinaron los jurados, quienes no dijeron nada. Pero al menos –se dijo– lo dio todo.

Recuerda sus presentaciones posteriores en danza y teatro como si hubieran sido un desastre. Pero no debió ser así, porque le contaron, tiempo después, que

“FELICITACIONES, GANASTE LA BECA. MISI QUIERE DARTE UNA OPORTUNIDAD, PERO DEBES PAGARLE CON TALENTO Y DEDICACIÓN. POR CIERTO, LA CLASE COMIENZA EN UNA HORA”. TINNA VIVÍA EN SOACHA EN AQUELLOS DÍAS, Y AUNQUE SABÍA QUE ERA IMPOSIBLE LLEGAR A TIEMPO, CORRIÓ COMO UNA LOCA.

después de cantar, la famosa Misi –María Isabel Murillo Samper (q. e. p. d.), la mujer que lideraba la academia que llevaba su nombre– dijo: “Esa chica tiene un ángel”.

Pero Tinna aún no lo sabía, y una semana después una voz femenina la llamó a su casa para decirle: “Felicitaciones, ganaste la beca. Misi quiere darte una oportunidad, pero debes pagarle con talento y

dedicación. Por cierto, la clase comienza en una hora”. Tinna vivía en Soacha en aquellos días, y aunque sabía que era imposible llegar a tiempo, corrió como una loca.

Concursos y redes sociales

Tinna recuerda el día que Misi les dio un mensaje a sus alumnos. Aunque le habían hecho varias ofertas, ella no quería unir su escuela de teatro musical con cualquier universidad, quería la mejor, y por fin se decidió. Quiso compartirlas a sus alumnos la buena noticia: se unirían a la Universidad del Rosario, eso les contó un día antes de fallecer.

Esos recuerdos no son fáciles para Tinna, quien sabe que les debe mucho a tantos, y por eso mismo se esfuerza. “La música me mantiene viva”. Eso la llevó a emprender, en 2019, nuevos proyectos y a presentarse a varios concursos, algunos los ganó y en otros obtuvo menciones especiales.

Siguiendo la tradición de su familia materna, se decidió por la música colombiana y participó en el Concurso Nacional de Música Andina Colombiana, en el Concurso Nacional del Bambuco de Pereira y en el Festival Hatoviejo Cotrafa, entre otros eventos.

También formó su grupo musical, que promociona en sus cuentas de YouTube e Instagram, y en agosto de 2020 escribió una canción, aunque apenas en enero de 2021 sacó el valor para lanzarla. Se llama *La vida cambió*.

Porque su vida ha cambiado mucho. Ahora trabaja en varios frentes para cubrir sus gastos, y además de sus clases es docente para niños y coordinadora de la Casa de la Cultura de Sibaté. Vive en Chapinero con su novio, a quien califica como un apoyo fundamental para su vida.

Tinna dice sentirse afortunada todo el tiempo, pero también a ratos se siente como un alma vieja y por instantes esas preocupaciones le impiden disfrutar de todo el presente. “Debo entender que todo es un proceso”. Confiesa que la frustran las clases de inglés que toma, pero debe prepararse para todo en la vida. A final de cuentas, la vida de todos cambió con la pandemia.